

Ignacio Martínez de Pisón

# Una de cantautores

El sábado pasado, como preludeo a las fiestas del Pilar, en el Ayuntamiento de Zaragoza se celebró el tradicional acto de nombramiento de los hijos predilectos y adoptivos de la ciudad. Yo estuve presente porque uno de mis amigos más queridos, el sabio José Luis Melero, era uno de los cinco escogidos. Otro de ellos era el cantante Joan Manuel Serrat. Este, hijo de una aragonesa que llegó a Catalunya huyendo de la Guerra Civil, evocó los veranos de su infancia, que pasaba en casa de una hermana de su madre en el zaragozano barrio de Delicias. Su relación con la ciudad viene de lejos, por tanto. Pero seguramente ni siquiera hacía falta que hubiera veraneado en Zaragoza. Serrat es un tipo que cae bien allí como cae bien en todas partes, y cualquier ciudad estaría encantada de adoptar a alguien como él.

Sus canciones forman parte de la memoria sentimental de varias generaciones, lo que le convierte en un caso singular de perdurabilidad: nada menos que medio siglo de música a sus espaldas. Para los que precisamente hemos rebasado el medio siglo de edad, sus discos míticos siguen siendo los que grabó en torno a 1970: por supuesto *Mediterráneo*, pero sobre todo los homenajes a Antonio Machado y Miguel Hernández. Si esos discos no hubieran existido, mi relación con la poesía, la sociedad y la política (en definitiva, con la vida) habría sido distinta y, sin duda, peor. Algo parecido podría decir de algún otro disco de por entonces, como el que Paco Ibáñez grabó en el teatro Olympia de París. Era la época dorada de los cantautores: esa combinación de música, poesía y compromiso político nos parecía sencillamente insuperable.

Luego llegó la transición y los gustos musicales sufrieron un revolcón. Con los primeros atisbos de democracia, la denuncia política dejó de ser prioritaria. Ya no había que ser revolucionarios sino modernos, y desde luego no parecía muy moderno eso de cantar poemas de señores que habían muerto cuarenta años atrás... Todo cambiaba en la dirección

contraria a nuestros propios gustos, y de golpe nosotros mismos cambiamos. De la noche a la mañana, los veinteañeros de la época pasamos de corear con unción el *Para la libertad* de Serrat y Miguel Hernández a bailotear enloquecidos el *Horror en el hipermercado* de Alaska y los Pegamoides.

A Serrat no le fueron mal los años ochenta: algunas de sus canciones más



IGNOT

**Esa combinación de música, poesía y compromiso político nos parecía sencillamente insuperable**

populares proceden de discos de esa década. Pero podría decirse que lo suyo fue excepcional, porque la movida acabó con la carrera de la mayoría de los cantautores. Los que sobrevivieron lo hicieron adaptándose en la medida de lo posible a los nuevos gustos: guitarras eléctricas para tener un sonido más pop, letras con un menor contenido político, etcétera. Mi amistad con José Antonio Labordeta, al que varios oradores rindieron homenaje en el acto del sábado pasado, se remonta a finales de esos años ochenta. Cuando le

conocí, era perfectamente consciente de que su música iba por un lado y los gustos mayoritarios por otro. A pesar de todo, seguía erre que erre sacando un nuevo disco cada dos o tres años. Y valió la pena, porque algunas de sus mejores composiciones pertenecen a discos de esa época: a *Trilce*, a *Canciones de amor*. Luego la popularidad le llegó por donde menos se lo esperaba, por un programa de televisión de caminatas por la España rural, y de nuevo le llovieron las invitaciones a actuar en pueblos y ciudades. En esa época, cada vez que actuaba en algún sitio, solía llevar como artista invitado al cantautor guipuzcoano Imanol Larzabal, y el recital concluía con la interpretación a dúo de canciones de uno y otro. Así fue como conocí yo a Imanol.

Me acordé de él leyendo *Patria*, la excelente novela de Fernando Aramburu sobre la exclusión a la que están condenados quienes en el seno de una pequeña comunidad no se someten a la violencia terrorista. Uno de los protagonistas del libro es expulsado de la manada y, despojado de toda protección, su vida queda expuesta al escarnio, la humillación, el acoso, la amenaza. A Imanol acabó pasándole algo parecido. Próximo a la ETA antifranquista de mediados de los sesenta y

activo defensor de la cultura en lengua vasca, conoció la experiencia de la cárcel y el exilio, del que regresó tras la amnistía de 1977. Su distanciamiento de la organización terrorista empezó entonces, pero no explotó definitivamente hasta que Yoyes fue asesinada por sus excompañeros de ETA mientras paseaba por su pueblo con su hijo de tres años. El mundo abertzale no toleraba la menor disidencia, y a Imanol no le perdonaron que interviniera en un concierto de homenaje a ella. Dejaron de llegarle invitaciones a actuar y en su lugar empezaron a llegar amenazas de muerte, pintadas con su nombre, ataques a su coche... Si la carrera de muchos cantautores se vio perjudicada por la movida, la suya sufrió el acoso del fanatismo político. Acabaría Imanol refugiándose en un pueblo de Alicante, y allí murió de tristeza en el 2004, con sólo cincuenta y seis años.●

Francesc-Marc Álvaro



## Imposturas invisibles

Anna Punsoda –una de las escritoras jóvenes que hay que leer siempre– explicaba en un reciente artículo la peripécia que vivió cuando hizo unas pruebas para obtener un trabajo en una prestigiosa institución privada. No le dieron la plaza y le explicaron que era porque hacían una elección conservadora, no en sentido ideológico sino funcional: querían a alguien que no tuviera la pretensión de introducir innovaciones y nuevos enfoques. Querían a alguien que aplicara dócilmente la plantilla y nada más. Los propietarios tenían todo el derecho a ello, claro. Punsoda tomó nota de esta tendencia. La sorpresa de la escritora vino después, al comprobar que el entorno de esta institución propugna, de puertas afuera, grandes innovaciones en el mundo educativo, para fomentar el espíritu crítico y “empoderar” (hoy si no utilizas este verbo no eres nadie) a los niños.

Este caso invita a pensar en la naturalidad con que asumimos las imposturas cotidianas que nos rodean y en las cuales –a veces– participamos como ciudadanos. Hacemos una cosa y decimos otra, a menudo con escasa conciencia de hacerlo. Somos los mismos que nos indignamos (con toda la razón) ante las imposturas poco disimuladas de la clase política y de las élites en general. La severidad con que juzgamos las penosas comedias morales de los que quieren dirigirnos se convierte en indulgencia cuando nos juzgamos a nosotros mismos y nuestras empresas, iglesias, escuelas, clubs, asociaciones, sindicatos, patronales, etcétera. El asunto es viejo y todos sabemos –por ejemplo– que el mundo académico denuncia muy bien los abusos de poder de los gobiernos, los partidos y las grandes corporaciones económicas mientras, de puertas adentro, no son

**Los impostores no siempre están en lo más alto, también viven a nuestro lado**

pocas las actitudes autoritarias y arbitrarias que se dan en centros dedicados –supuestamente– al pensamiento, el conocimiento, la investigación especializada y el debate libre de ideas.

Los impostores no siempre están en lo más alto, también viven a nuestro lado. Y nosotros –cada uno– también podemos ser impostores, llegado el momento. Hemos generado un espacio público donde siempre hay que interpretar un personaje que, en realidad, no somos capaces de defender en el privado, fuera de los focos. Vuelvo a la experiencia de la amiga Punsoda: ¿cómo puede ser que unos vendedores acreditados de la vanguardia educativa gestionen su estructura con rutinas tan fuertemente opuestas a los valores que cada día predicamos solemnemente? ¿Dónde son más falsos: ¿en su manera de trabajar o en lo que han puesto en el escaparate para vender?

Jordi Pujol confesó un hecho que pone al descubierto una gran impostura en una figura de dimensiones históricas. Fue un terremoto. Pujol no estaba solo. Quizás hay más impostores de los que pensábamos: invisibles, imperceptibles, absolutamente fiables en su mentira.●

EL RUNRÚN

Clara Sanchis Mira



## Un powerpoint de faraones

les. Esas que luego les dan la victoria una y otra vez. Qué te parece. ¿Te acuerdas de todas esas vallas y esos carteles?, ¿esa publicidad que aparecía por todas partes, que los hacía tan famosos que de puro conocidos era ver la papeleta y meterla en la urna, como quien compra el champú antiopiosos que da más seguridad porque es el que más sale en televisión? Pues estaba financiada ilegalmente. ¿Que en consecuencia podríamos pensar que los resultados de esas campañas fuera de la

**Una cosa es delinquir a lo loco, y otra muy diferente delinquir con seriedad; con metodología**

ley son una porquería de tramposos? Pues no. No te líes. No viene a cuento. ¿Y cómo se las apañaban para pasarse por la entrepierna al Tribunal de Cuentas? Pues con rigor. Como tú. Echando la tarde. Poniendo atención para hacer un trabajo fino, un powerpoint como Dios manda. ¿Ves qué bien?, con unas diapositivas ordenadas, con sus flechas y sus casillas, que expliquen con claridad la mejor manera de burlar las leyes que ellos mismos legislan. Una auténtica cabriola de mono. Una pirueta que vendría a ser la inversión perfecta de aquello que dijo el viejo Kant. El imperativo categórico que dice algo así como que obres como si la máxima de tu acción debiera tomarse como una ley universal. Una parafernalia que no te suena ni te sonará ya nunca de nada, que para algo han tirado a la basura aquella inutilidad que se llamaba filosofía y ponía en valor a Kant y sus secuaces. Para que no te vuelvas loco. Para que no te dé un cortocircuito craneal de no te menees, comparando la realidad con el pensamiento. Así que tú dale al powerpoint de los faraones, hijo. Y aprende.

Cómo le explicas a tu hijo que, para ser serios y responsables, nuestros parlamentarios deben facilitar que nos gobierne un partido que daba clases de delincuencia a sus ediles. Una de las últimas perlas de la juega Gürtel que ha salido a la luz. No es que delinquieran una y otra vez en plan chapuza, no, es que lo hacían bien. Que una cosa es delinquir a lo loco, y otra muy diferente delinquir con seriedad. Con metodología. Dando lecciones. Con sensibilidad didáctica. Y sin tapujos. Haciendo bien las cosas. Como las saben hacer ellos. España en serio. Con los deberes hechos. Con diapositivas y todo. Para ser exactos, con un powerpoint como el que tu hijo, pongamos por caso, lleva toda la tarde preparando para su clase, sobre los faraones y las momias egipcias. Entrás en su cuarto y cómo se lo explicas.

Mira, hijo, para que veas, nuestros gobernantes utilizan un powerpoint igualito que este que estás haciendo tú de las momias, pero para enseñar a falsificar facturas, maquillar cifras y camuflar delitos en sus campañas electora-